

25

## Una vida, UNA NOVELA

UN HOMBRE DURO QUE  
SE ABRIÓ CAMINO  
"CON LOS PUÑOS"

x x x  
*Prototipo del  
luchador tenaz,  
ha triunfado  
por completo.*

x x x  
SOLO EN AMOR  
HA FRACASADO...  
POR AHORA.



# KIRK

# DOUGLAS





# ¡DE PROXIMA APARICION!

AUDREY HEPBURN.—Una heroína infantil en la Segunda Guerra Mundial. Hija de la baronesa Van Hemstra, comienza su carrera artística en las filas de muchachas de conjunto en un teatro de revistas. La escritora Colette la elige personalmente como protagonista de su obra «Gigi», y poco después, trabajando en un teatro de Nueva York, conoce a Mel Ferrer, el actor que había de convertirse en su esposo.



VITTORIO GASSMAN.—Shelley Winters le calificó de «calculador y egoísta», afirmando que se había casado con ella sólo por interés, ya que a su lado le sería fácil conseguir un ventajoso puesto en Hollywood. La biografía de Gassman es la apasionante historia de dos amores que no consiguieron hallar un recinto de paz.



JOAN CRAWFORD.—Lucha contra la miseria y la adversidad en su juventud, fregando platos y sirviendo mesas. Cuando consigue alcanzar un primer puesto en el cine, se ve amenazada por el escándalo de un pasado en los escenarios de «burlesque». Douglas Fairbanks, Franchot Tone, y Philip Terry, representan para ella tres matrimonios sin éxito.



## UNA VIDA, UNA NOVELA

# KIRK DOUGLAS

- ♦ Trabaja como camarero y boxeador para pagar sus estudios.
- ♦ Fracasa el matrimonio con su compañera de juventud.
- ♦ El prototipo de hombre tenaz y luchador incansable.

Volumen n.º 25  
de la Colección de Biografías  
«UNA VIDA, UNA NOVELA»



## VOLUMENES PUBLICADOS

- Núm. 1. — MARLON BRANDO
- Núm. 2. — JOHN WAYNE
- Núm. 3. — HEDY LAMARR
- Núm. 4. — ERROL FLYNN
- Núm. 5. — MONTGOMERY CLIFT
- Núm. 6. — MARILYN MONROE
- Núm. 7. — GARY COOPER
- Núm. 8. — ELIZABETH TAYLOR
- Núm. 9. — ROCK HUDSON
- Núm. 10. — GINA LOLLOBRIGIDA
- Núm. 11. — CLARK GABLE
- Núm. 12. — LESLIE CARON
- Núm. 13. — GREGORY PECK
- Núm. 14. — GRACE KELLY
- Núm. 15. — FRANK SINATRA
- Núm. 16. — SILVANA MANGANO
- Núm. 17. — VAN JOHNSON
- Núm. 18. — AVA GARDNER
- Núm. 19. — ALAN LADD
- Núm. 20. — SUSAN HAYWARD
- Núm. 21. — ROBERT TAYLOR
- Núm. 22. — RITA HAYWORTH
- Núm. 23. — TYRONE POWER
- Núm. 24. — JUDY GARLAND
- Núm. 25. — KIRK DOUGLAS
- Núm. 26. — AUDREY HEPBURN
- Núm. 27. — VITTORIO GASSMAN
- Núm. 28. — JOAN CRAWFORD

¡PIDALOS EN SU KIOSCO!

(De no hallar el título que le interese, solicítelo a esta Editoria enviando el importe en sellos de Correos).

Derechos reservados. Copyright by Ediciones Cinematográficas, Spain

EDICIONES CINEMATOGRAFICAS

RONDA SAN PEDRO, 56. - BARCELONA (ESPAÑA)

La orquestina del «Shrafft's Restaurant» desgranaba una musiquilla pegadiza cuando varias parejas fueron a ocupar sus mesas, estratégicamente situadas. Deseaban eludir la pública atención, pues los varones resultaban harto conocidos. Ellas, en cambio, aspirantes todavía a ingresar en la gran familia cinematográfica, podían divertirse y bromear impunemente.

La tamizada luz de las lámparas de sobremesa prestaba a los rostros un algo irreal y misterioso, bañando la ruidosa sala de grata penumbra.

Un camarero —buena planta, pupilas reidoras y ademán resuelto— se les aproximó solícito. Llevaba el pequeño bloc en la mano izquierda y en la derecha esgrimía un lápiz pronto a funcionar.

Apenas iniciara una discreta reverencia, su mirada se cruzó con los sorprendidos ojos de una de las mujeres. Sin perder un segundo, y sin que un solo músculo facial se le contrajera, procuró acercársele y murmurar, casi a flor de oído:

—¡Calla! Mañana te explicaré.

Quedóse ella con los labios entreabiertos, la frase en suspenso, intentando recobrar su indiferencia. No obstante, hubieron de notarla impresionada, pues su compañero preguntó:

—¿Te ocurre algo?

—¡Oh! No, no. Nada.

—Pareces distraída... preocupada...



Riendo mintió:

—¿Preocupada cuando estoy en vías de firmar mi primer contrato?

—¿Tu primer contrato? Muy callado lo tenías —comentó una de las amigas.

—¡Pues vamos a celebrarlo! —decidió quien llevaba la voz cantante—. Camarero, traiga unas botellas de champaña.

—¡Champaña francés! —puntualizó el más si-barita.

Tras haber tomado buena nota de cuanto pedían, el camarero inició la retirada eludiendo la atracción de aquellos ojos que «sentía» sobre el rostro, interrogativos y asombrados.

—Guapo chico, ¿verdad? —insistía el compañero de la muchacha: Lauren Bacall, una joven estudiante de arte dramático, convertida más tarde en célebre estrella y feliz esposa de Humphrey Bogart.

—¿Qué? ¿Qué dices, querido? —interrogó ella. Y, cual si volviera de un largo meditar, añadió: —¡Ah! Sí, sí. ¿Te refieres al muchacho?

Deseoso de agradar, el galán le presionó una mano inquiriendo:

—¿Bailamos?

Lauren correspondió a la suave caricia satisfecha. Salieron a la breve pista central y olvidáronse del camarero que seguía yendo y viniendo, por entre las mesas, desenvuelto, seguro de sí mismo.

Ya de madrugada, Yssur Demsky Danielovitch, el camarero (Kirk Douglas, en la actualidad), cambió sus ropas de asalariado por otras de ciudadano libre y salió a la calle con ansias de respirar aire

puro. Tenía aspecto de hombre sano, fuerte, optimista. Cumplido su turno de trabajo, llevaba unos dólares en la cartera, a sabiendas de que cada día llevaría algunos más. Y se sentía feliz. Caminando lentamente se alejó de los barrios elegantes para entrar en la modesta pensión donde se hospedaba. La habitación, carente de todo confort, hizo notar el inevitable cansancio. Metióse en la cama. Quería pensar en el casual encuentro con Lauren. En la absurda petición de silencio... Lauren... Conociáanse de... ¡Oh! No, no... Necesitaba recuperar fuerzas... Los ojos se le cerraron, contra su propia voluntad... A los pocos instantes dormía profundamente.

\* \* \*

En un tablado, con telones de fondo de ambientación marinera, alumnos de la Escuela de Arte Dramático repetían infatigables las escenas de «Anna Christie», de O'Neil. Preparaban una función pública y no era cosa de fallar a la hora de levantarse el telón, frente a la nutrida concurrencia de expertos. Porque, más de una vez, de tales exhibiciones surgieron proposiciones ventajosas.

Yssur, planeando el montaje de los últimos cuadros, decía «in mente» su papel, que por el momento carecía de importancia. Sin embargo, algo íntimo le aseguraba que «su día» no tardaría en llegar. Proponíase ser actor. Habíase propuesto desde niño, encaminando todos sus afanes y desvelos a tal fin, como si se tratase de algo vital e ineludible.



La aparición de una figura femenina distrajo su atención. Lauren subía al escenario. Habíase encomendado el papel de protagonista. Todas las miradas quedaron pendientes de ella, mientras declamaba con briosa maestría.

Después, unas observaciones del profesor y he aquí la clase terminada.

Yssur la buscó. Pocas veces habían cruzado la palabra amistosamente. Sabían, no obstante, que una corriente de simpatía les aproximaba desde que empezaron los estudios en común y alegrábase ahora del inesperado encuentro en «Shrafft's Restaurant», porque, gracias a él, se les presentaba ocasión para hablar.

—¿Cómo te sorprendiste! — rió Yssur, apenas iniciado el diálogo —. Todavía me pregunto por qué.

—Ya viste. Fue una tontería.

—Tampoco yo estuve acertado impidiéndote exteriorizar tu pensamiento.

—Desde luego, porque eso de estudiar y trabajar en un restaurante no es nada nuevo. Aunque en ti no lo hubiera sospechado jamás.

—¿Por qué?

—Te veo siempre tan atildado, tan correctamente vestido. Te suponía rico. Uno de esos niños mimados a los que les da por ser actores lo mismo que pudo haberles dado por explotar pozos de petróleo...

—¿Rico, eh? Pues has de saber que sólo cuento con lo que gano allí y lo que gano con... Bueno, más vale que ignores cómo lo gano.

—Dilo. Me agradaría saberlo. No tienes aspecto de tímido.

—Tampoco tú lo tienes.

—Ni lo soy. Me he propuesto llegar y llegaré pronto, al lado de mi actor preferido.

—¿Cuál es?

—¡Humphrey Bogart! — exclamó sin titubeos —. Pienso trabajar con él.

—Muy segura lo dices.

—Y no es sólo eso. Trabajaré con él y pondré todos los medios para enamorarle, puesto que yo lo estoy de él.

—¿Qué me cuentas? — inquirió divertido.

—Lo que oyes. Le quiero desde niña y he de casarme con «Bogie». Es su diminutivo cariñoso... Y tú, ¿no tienes novia?

—Yo... puesto que no puedo contar contigo... Confieso que me gusta una de nuestras compañeras de curso.

—¡Diana! ¡Diana Dill! — exclamó segura.

—¿Cómo lo sabes?

—Dejaría de ser mujer si no lo hubiera comprendido. ¡La miras de un modo!

—Pues sí; Diana. ¿Qué te parece?

—Magnífico. Puesto que también es amiga mía, formaremos un trío de excepción.

Volviendo al tema inicial, pidió curiosa:

—¡Anda! Cuéntame lo que haces para ganar más dinero. A lo mejor me gusta y nos asociamos. Tampoco a mí me sobra el dinero.

—Ya no lo hago. Lo hice y me sirvió para pagar los cursos de Arte Dramático.

—¿Tan mal están tus padres?

—Mal es poco. Oye, vamos ahí, nos sentaremos en un banco del parque y te contaré mi vida. Pues-



to que hemos de ser buenos amigos, es mejor que sepas quién soy y lo que llevo luchado para subsistir dignamente.

Caminaron unos pasos. Luego se sentaron bajo un esplendoroso sauce cuyas ramas caían desmayadas rozándoles las cabezas.

—Nací el 9 de diciembre de 1916, en Amsterdam (Nueva York). Mis padres, rusos emigrados, aunque pertenecientes a la nobleza, llegaron a este continente sin nada más que lo puesto...

—¡Comprendido! En eso de la nobleza radica tu distinción. Llevas el señorío en la sangre...

—Gracias, mujer —rió Yssur—. No sé si te das cuenta que me estás piropeando.

—Entre amigos... ¡Qué más da! Sé que amas a otra, y no pretendo birlarle el pretendiente —se lamentó burlona, haciendo un gracioso mohín.

—A otra y a ti. Si quieres, cambiamos...

—No. No. Pertenezco a Bogart...

—¿Le perteneces?

—Bueno. ¡Le perteneceré! He de reservarme para cuando se me ponga a tiro...

Entre bromas y veras, el relato de Yssur seguía avanzando.

—A mi lado crecieron seis hermanas: Ruth, Ida, Fritzie, Marion, Katherine y Betty.

—¿Cómo podías entenderte con tanta mujer?

—¡Y que lo digas! Único varón entre siete faldas, contando las de mamá. Siempre me tocaba perder. A veces, no tuve otro recurso que apelar a la violencia.

—¿Tirándoles de los pelos?

—O llegando al cuerpo a cuerpo... No creas;

estoy arrepentido, porque en el fondo soy un sentimental. ¡Las echo de menos!

Quedáronse breves minutos en silencio; perdidos en la evocación. Luego, continuó:

—Me eduqué en la «Wilbur Lignch High». Cuando salí de la escuela, llevaba fama de fuerte y de buen recitador. Había ganado varios concursos de lucha y de arte oratorio. También practicaba el boxeo con buenas perspectivas. De todos modos, lo que me interesaba por encima de toda otra cosa era llegar a actor. Mas, ¿cómo? En casa pasábamos hambre. Acepté un empleo de vendedor en un almacén. Apenas hube reunido 163 dólares, gestioné mi ingreso en la «St. Lawrens University» de Canton.

—¿Gastarías tu dinero en el viaje?

—¡No! ¿Para qué sirve esto, preciosa? —interrogóla, dándose unos golpecitos en la frente—. Lo que hice fue agenciarme un billete gratuito.

—¿De qué modo?

—Encaramándome a un camión y tendiéndome

—Encaramándome a un camión y tendiéndome, con disimulo sobre el techo... ¡Qué maravilla de viaje! Cuando nos acercábamos a la ciudad me deslicé cuidadosamente, me sacudí el polvo y encaminé mis pasos a la Universidad.

Volvieron a reír jubilosos, con el sano optimismo de una juventud a la que nada arredra ni intimida.

—Mi pequeño capital, pese a las facilidades de transporte, agotóse pronto. Inquirí. Supe que practicando deporte tenía segura una beca. La solicité y la obtuve, afirmando mi personalidad «a fuerza



de puños», en el boxeo. Durante varios años ostenté el título de campeón indiscutible de los pesos ligeros interuniversitarios, lo cual quería decir, traducido a lo práctico: estudios pagados y manutención. Pero no podía vivir sin llevar unos dólares en el bolsillo...

—¿Qué nuevo truco ideaste? —preguntó Lauren

—Lo que no quería contarte, pero que, ya en la pendiente, voy a contarte ahora mismo.

—Me tienes intrigadísima.

—Decidí visitar a los organizadores de peleas y ofrecerles la mitad de mis ganancias si, en los períodos de vacaciones, me daban la oportunidad de boxear. «¿Qué pretendes, chico?», me preguntaron, sin comprender. «Algo muy sencillo», contesté. «Ustedes no tienen más que decirle al campeón que quede en el ring, que, dirigiéndose al público le rete, por si hay alguien capaz de aceptar y subir al cuadrilátero.» «Trato hecho», respondieron, con rara unanimidad. Como puedes suponer, el único que se lanzaba a la lucha era yo...

—¡Pobrecillo!

—Más de una vez acabé bien tundido y magullado, pero me consolaba contando el dinerito conseguido a cambio de las magulladuras... Mis actividades de ahora ya las conoces. Somos condiscípulos durante el día, y por la noche inclino mi cuerpo ante los clientes del «Schrafft's Restaurant», entre los que te cuento desde ayer...

Consultando un modesto reloj pulsera exclamó:

—¡Oh! Voy a llegar tarde, Adiós Lauren. ¡Excúsame! No me interesa perder el empleo...

Ella le vio alejarse a todo correr y montar en el «bus» con pasmosa agilidad.

—¡Estupendo muchacho! —exclamó, en un irrefrenable impulso afectuoso.

\*\*\*

A raíz de aquellas confidencias nació una amistad tan firme y desinteresada como nunca hubieran sospechado, y que perdura a través del tiempo y las distancias.

Acostumbráronse a salir de la Academia de Arte Dramático discutiendo los modos y maneras de entender el difícil arte de interpretar. Al principio, únicamente iban juntos Lauren e Yssur. Más adelante, se les unió Diana, a quien el futuro actor seguía amando en silencio. Lauren actuó de mediadora, a sabiendas de que el hombre más audaz balbucea cuando el amor verdadero se le entra por el alma. Y Kirk estaba realmente enamorado de la encantadora y esquiva Diana, sólo que no acertaba en el modo y el cuando se lo iba a confesar.

Lauren un día ya olvidado, les dejó solos. Yssur, sudoroso y tímido (¿qué se había hecho del invencible boxeador?), ganó un primer «round» con este elogio:

—Declamas muy bien...

—También tú.

—¿Qué piensas hacer cuando termines? ¿Cine o teatro?

—Lo que me ofrezcan.

—No te faltarán ofertas, porque además de declamar bien, eres bonita.



—¿De veras? —coqueteó, con sus dejes de ironía.

—A mí me gustas mucho... muchísimo. ¿Querás salir conmigo la noche que me corresponda fiesta?

—Pues... sí.

—Gracias, Diana. No sabes cuán feliz me haces.

Llegó aquella noche. Salieron juntos. Bailaron en un Club elegante y acabaron besándose. La alegría de Yssur no cabía en su atlético pecho. Había nacido para amar y ser amado. No le bastaba la fuerza física, su indiscutible hombría, su recia voluntad. Necesitaba, además, la proximidad de un alma femenina comprensiva y amorosa. Ahora, poseía ambas cosas. La comprensión fraterna de Lauren. El amor de Diana, a la que estaba seguro de que jamás habría de olvidar. Únicamente le faltaba terminar los cursos y ser actor, para considerarse victorioso en todos los terrenos.

¡Ser actor! Aquello le significaba el logro de un sueño largamente acariciado, tras el que hubo de quemar muchas etapas de su vida, a cual más difícil e insospechada. De todos modos, justo era reconocer que en gran parte lo debería a sus dotes de boxeador, de formidable atleta.

—He llegado a la cumbre a «fuerza de puños» —decía y repetía, años después, cuando ya nada ni nadie podía discutirle el «éxito». Y, en verdad, llevaba gran parte de razón.

Salíó de la Academia muy esperanzado. Un empresario de Broadway le ofreció un papel en la obra titulada «Spring again» (Primavera). Dijé-

ronle que iba a trabajar con Grace George y C. Aubrey Smith.

—¡Ya tengo un puesto, mi adorada Diana! —corrió a comunicarle—. Ganaré fama y dinero. Nos podremos casar en seguida...

Pero luego, cuando supo que sólo tendría que cantar, exclamó desilusionado:

—¡Odio el canto! Lo odio, pero aceptaré en espera de algo mejor.

A «Spring again» siguió la segunda desilusión, al tener que figurar en un drama protagonizado por Katherine Cornell, únicamente en funciones de eco. Y, como nunca se ve un eco en escena, tampoco vio nadie a Kirk Douglas en todo el tiempo que duraron las representaciones. Nuestro sabio refranero afirma que «a la tercera va la vencida». La tercera de Douglas fue un contrato para la comedia «Kiss and Tell», que duró mucho en cartel y se convirtió en obra de ruidoso éxito.

El destino, sin embargo, le preparó una de sus tretas. Cuando todo iba viento en popa estalló la guerra. Tuvo que incorporarse y, vistiendo uniforme de marinero, dio un adiós circunstancial al teatro, a la amiga fraterna y a la amada.

—Te escribiré mucho, porque siempre estaré pensando en ti.

Ella, sin tanta vehemencia —el contraste racial resultaba evidente—, le despidió enternecida:

—Cuidate... Vuelve pronto...

Formando parte de una división de caza submarinos, se hizo a la mar en tanto Diana aparecía en los escenarios. Aquel sentimental encerrado en un armazón de atleta, se añoraba. A fuerza de



valentías se ganó una licencia. Corrió a buscar a la novia. Volvieron a pasear juntos; a avivar la llama del amor; a revivir los estudiantiles arrebatos... Incapaz de una nueva separación sin saberla suya por el matrimonio, se casó con Diana el 2 de noviembre de 1943; exactamente, la víspera de reembarcar para el Pacífico, donde su unidad debía tomar parte en los más duros combates. En uno de ellos resultó gravemente herido, por lo que le desmovilizaron.

Ya en plena libertad de acción, reapareció en los escenarios de Broadway. Diana abandonó la carrera artística, a instancias de Kirk, para convertirse, única y exclusivamente, en esposa y madre.

\* \* \*

¡Qué bien le sentaba a nuestro hombre la vida de hogar! En él todo le resultaba grato, interesante, ameno. Lo mismo arreglaba una lámpara, que clavaba unos clavos, que aparecía cargando con un nuevo tipo de aspirador o de cafetera automática. De ahí que, con harta frecuencia, se oyera exclamar a Diana:

—¡Por Dios! ¡Nos hemos quedado a oscuras!

Entonces, andando a tientas, soltaba una de sus saludables y ruidosas carcajadas, iba al encuentro de su esposa, la besaba suplicando perdón, y empuñando el auricular marcaba un número de teléfono:

—¡Pronto! ¡Mándeme un operario! ¡Estamos sin luz!

—¡Eres un chiquillo! ¡Un chiquillo! ¿Sentarás

algún día la cabeza? Me tienes en un sobresalto continuo cuando estás en casa.

—¿Prefieres no verme? Entonces, me voy — bromeaba, haciendo ademán de irse.

—¿No marcharás así?

—¿Es que no quedo elegante?

Kirk tenía a gala vestir bien, cuidando incluso los atuendos caseros.

—¡Demasiado! Gastas un dineral en ropas. Con la mitad tendrías bastante.

—Déjame presumir, ahora que puedo...

—Vamos a tener un hijo y cuestan muy caros — le amonestaba, ya en trance de maternidad.

—Cuando llegue, ¡cambiaré! ¡Te lo prometo!

Cogiéndola por ambas manos preguntaba:

—Dime, ¿estás arrepentida de haberme sacrificado tu carrera artística?

Diana callaba, dejando que las pupilas contestasen por ella. Mas, a decir verdad, alguna que otra vez habíase lamentado de ceder a aquel capricho. En el teatro se encontraba en su elemento. Le gustaba el aplauso del público. La crítica combativa. La inquietante excitación de los estrenos... Ahora... ¡era todo tan distinto!

Su esposo la adoraba; no podía negarlo. Vivía pendiente de sus gustos y necesidades, pero la quería en casa. Resultaba un hombre chapado a la antigua en ciertos aspectos. La tradición eslava pesaba sobre él.

Adivinándole los pensamientos, Kirk agradecía la total entrega con estas palabras:

—Lo recordaré siempre. Lo agradeceré siempre. Te querré siempre. Te he sacrificado a mis egois-



mos, pero es que un hogar sin la presencia constante de la mujer no me parece hogar. No puedo sustraerme a «sus» enseñanzas —aseguraba aludiendo a lo que viera y oyera de pequeño.

—¡Mi noble señor! ¿Desea que le traiga el oloroso samovar? —interrogaba burlonamente la malograda actriz, sintiendo que se le desvanecía el enojo.

Y todo acababa en una amorosa reconciliación...

\* \* \*

Con Michel, el primer hijo, que les llegó en 1944, la madurez de Kirk hizose ostensible. Soía pasar sus horas de descanso junto a la esposa; un libro entre las manos, clásico o moderno, que a todos prestaba atención; un disco en la gramola; o bien dándose un paseito por la cocina, siempre y cuando le preparasen sus platos favoritos.

La cigüeña hizo su segunda incursión con el expresivo envoltorio colgado del pico.

—¡Otro niño! ¡Lo siento, Kirk! —se lamentó la madre, sabedora de que ambos deseaban una niña.

Pero Kirk, incapaz de aceptar con gesto de disgusto nada de cuanto le pudiera venir de Dana, la alentó:

—¡Bienvenido sea, ¡amor! Todo se reduce a esperar unos meses... A este le llamaremos Joel. A la niña...

Sentíanse felices en aquel año 1946, porque también fue entonces cuando Kirk apareció por pri-

mera vez en la pantalla. Desde que le licenciaron venía actuando en la radio y en las tablas. Lauren Bacall, la amiga fraterna (convertida ya en señora Bogart, tal y como lo tenía previsto en sus sueños) deseaba introducirle en el cine, donde vislumbraba un amplio campo de acción para Kirk.

Cierta noche, estando en uno de los Clubs de moda, Lauren bailó con el famoso productor Hal Wallis. Aprovechando la coyuntura preguntó:

—¿Has oído hablar de un tal Kirk Douglas? Un muchacho alto, simpático, bien parecido...

—Pues, no. La verdad. Es la primera vez que oigo su nombre.

Mostrándose asombradísima exclamó:

—Pero, querido, ¿cómo vives tan despistado? ¡Es el hombre del día!

—Confieso que hasta este momento nadie me había hablado de él. —Parándose a reflexionar repetía —: Kirk... Kirk Douglas... Tal vez lo haya oído, pero ignoro por completo a la persona. ¿Quién es? ¿Dónde actúa?

—En Broadway, y en una obra que está alcanzando el más ruidoso éxito.

—¿«The wind is Ninety»?

—Eso es. «The wind is Ninety». Menos mal, porque ya estaba pensando que perdías tus condiciones de buen catador artístico...

—¡Estoy tan ocupado...!

—¿Cuándo vamos a verle? Lo digo porque sería una buena adquisición.

—¡Tú mandas! —exclamó riendo, sin acordarse de las ocupaciones.

Terminado el baile volvieron a la mesa. Bogart



les esperaba bebiendo «whisky». Lauren, que le tenía aleccionado desde antes de salir de casa, consultó:

—¿Qué te parecería, Bogie, si nos fuéramos a ver a Kirk? Deseo que Hal le conozca; que le vea trabajar. Estoy segura de que nos lo agradecerá. ¿No opinas lo mismo?

—Desde luego. Vale mucho. Tiene talento y condiciones.

—¿Vamos, pues?

Sin apenas tener tiempo para darse una idea de lo que hacía, Hal se encontró sentado en una butaca viendo actuar al amigo fraterno de Lauren.

Terminada la representación pasaron al camerino. Habíase propuesto ayudarle y no cejaría hasta conseguirlo. Les presentó. Luego arriesgó una oferta, sin aguardar a que la autorizase el magnate de la Paramount. Era la «estrella» del momento y todo le estaba permitido.

—Hal está muy interesado por tu trabajo y desea contratarte —dijo.

—Así es —rubricó el productor, a quien la actuación de Kirk no había desagradado.

—Podríais fijar condiciones y si llegáis a un acuerdo... —insistió la amiga.

Contrariamente a lo que todos esperaban, el actor rechazó. Lauren no salía de su asombro. En un aparte le increpó irritada, mientras Bogie les contemplaba comprensivo y burlón:

—¿Te has vuelto loco? ¿Sabes bien lo que significa una oferta de Hal? ¿Acaso lo sabes? No. Seguramente no, porque en tal caso no renunciarías.

—Sí. Lo sé. Pero no me interesa —reafirmó tranquilamente Kirk.

—¿Por qué? No te comprendo...

—La obra da dinero, y por mucho que me tenéis no cambiaría la emoción del aplauso directo por la fría actuación en el plató.

—Como quieras —resignóse a admitir—, aunque espero verte rectificar muy pronto...

Generalizada la conversación volvieron al asunto, ya que, tras haberle observado con detenimiento, también Hal sentíase atraído por este talón fuerte, expresivo, sensible...

Dispuesto a complacer a la «estrella» en un asunto que también le complacía, cerró la entrevista ofreciendo obsequioso:

—Le esperaremos con gusto. Cuando lo crea oportuno, no tiene más que buscarme.

Pocos meses tardó en ir corriendo a cerciorarse de si todavía mantenían la oferta, pues el éxito inicial de la comedia estrenada con los mejores augurios, trocóse en fracaso inesperado. Y Kirk tenía esposa y dos hijitos por quienes luchar.

Su atlética figura, su aureola de campeón, encasilláronle por algunos años entre los más antipáticos «duros». Pero tal antipatía, por contraste, enagenaba corazones femeninos. «The Strange Love of Martha Yvers» constituyó el debut de Kirk en el lienzo de plata, al lado de Bárbara Stanwyck y Van Heflin. ¡Buen comienzo para un actor con ambiciones! El resultado no se hizo esperar. Celebrado por público y crítica sucediéronse los contratos. Vio su imagen reproducida en todas las



revistas y recibió millares y millares de cartas proclamándole «ídolo» de las multitudes.

Diana las leía con evidente nerviosidad. Cuando el esposo la sorprendía en tan enojosa búsqueda, ella no disimulaba el mal humor, soltándole los consabidos reproches:

—Comprendo tu euforia... Claro... ¡El ídolo! También viviría contenta yo si me viese encumbrada. Cuando pienso que pude haberlo conseguido... Que lo conseguí, aunque por muy breve tiempo... Nadie se detiene ya a decirme nada...

—En cambio yo quisiera pasar inadvertido. Ser sólo para ti —murmurábale con amorosa condescendencia, dispuesto a perdonar sus arrebatos.

—No mientas; vives del elogio. Como todos. Los escenarios envenenan. Tantos años estudiando... ¿Para qué...? Para acabar confinada entre las cuatro paredes de esta casa.

—¿Te parece poco? Eres mi esposa y la madre de nuestros hijos...

—También podría serlo sin haber pasado por la Escuela de Arte Dramático. Hijos los tiene cualquiera... Actriz, en cambio, no llega a serlo todo el mundo...

—Ni tampoco la compañera de un hombre que ame como yo te amo.

Ella le rehuía malhumorada, no queriendo darle la razón.

—Me agrada que te revuelvas, que protestes... Así me pruebas tu interés por este actorazo que tienes por marido... Pronto caerá el mundo rendido a nuestros pies; y tú y nuestros pequeños acabaréis celebrándolo... —profetizaba enfático.

No encontrando mejor derivación para calmarla que recurrir a las anécdotas, de las que solía tener buen copio.

—Oye esto. Me lo contaron en el plató. Te reirás. «Dos mamás kanguro se hallaban de palique cuando cayeron unas gotas sobre su piel. Una de las «damas» exclamó, cortando la frase a la que le hablaba: Espero que no lloverá, pues es terrible tener que soportar a los chicos cuando no pueden salir al exterior para jugar...»

Diana no tuvo más remedio que soltar la carcajada. Kirk la besó y la dejó tranquila. ¿Hasta cuándo?

Nadie como él conocía el entusiasmo de aquella compañera de curso por llegar a ser una excelente actriz. Nadie, por tanto, mejor capacitado para valorar la total renuncia.

En un principio parecía constituir motivo de felicidad, pero ahora, ante el triunfal ascenso del marido, tomaba aspectos bien distintos. Kirk se preocupaba. Sin dar con una solución viable, compensaba a la esposa trabajando; afanándose en ganarle dinero y bienestar.

En poco más de dos años rodó siete películas, sentando firmemente su prestigio el año 1949, al lado de Marilyn Maxwell, con «The Champion» (en España «El ídolo de barro»). Por su prestigio de boxeador, casi en todas sus actuaciones le correspondió imponerse —no importa que lo repitamos una vez más— «a fuerza de puños». Dando y recibiendo sus buenas palizas, con el consiguiente consumo de árnica y de esparadrapo.

Diana veíale llegar exhibiendo, cual valiosos



trofeos, cardenales y rasguños, por los cuales, si bien en un principio se inquietaba, desde el punto y hora de saberle admirado servíanla de íntima compensación a una infelicidad más imaginaria que real.

Kirk escapábase de las manos. Al menos, ella lo creía así. Trabajo y gloria iban robándosele poquito a poco, levantando, insensiblemente, un muro de incomprensiones entre ambos. Kirk intentaba convencerle una y otra vez:

—Nada de cuanto dicen es cierto. Créeme, amor mío. Sólo me tiene apartado de vosotros este continuo laborar. Pero ahora que la suerte nos sonríe, no puedes obligarme a que renuncie. Quiero rodearos de comodidades. Quiero tener dinero. ¡mucho dinero!, para que nuestros hijos crezcan felices; para que tú no te prives de nada; para...

Diana le interrumpía objetando:

—Prefería lo de antes. Oh; sí, sí, ¡lo de antes! Pasa tiempo y tiempo sin que aparezcas por casa. Me tienes olvidada... desatendida... ¡Sin amor! ¿De qué me sirven tus triunfos si he de compararlos con otras?

—¿Qué absurdos estás diciendo? Te consta que tú y los chicos llenáis enteramente mi vida.

Ella repetía la conocida cantinela, sin atender a razones:

—Por ti renuncié a mi carrera artística. Por ti me encerré entre estas cuatro paredes. ¿Por qué no vienes, pues, con más frecuencia? ¿Qué necesidad tienes de andar por esos Clubs bailando con tus admiradoras; firmándoles autógrafos; depar-

tiendo con toda suerte de mujeres, sabe Dios dónde y con qué intenciones?

—Ven acá, celosilla... ¡Ven acá!

Mientras la tomaba en brazos ella estallaba en una crisis de llanto que disolvía, cual benéfica tormenta, la densa y asfixiante atmósfera creada por la discusión. Con todo, la dialéctica de Kirk resultó menos convincente de lo que, en el ring y en el plató lo eran sus vigorosos puños. Y cuando menos lo esperaba vióse sorprendido con una demanda de divorcio firmada por su esposa.

La buscó estremecido. Parecíale estar soñando. Aquella firma, tantas veces contemplada con emoción en los años de noviazgo, la leía ahora incomprensiblemente estampada al pie de un documento oficial. Un documento que jamás sospechara recibir.

—¿Qué significa esto, Diana? ¿Quién pudo aconsejarte tamaño desatino?

—Ya lo ves... ¡El divorcio! ¡No resisto más!

—¿Se trata de otro hombre?

—Contigo tuve bastante.

—Si no estás enamorada de otro, todo se arreglará —respiró esperanzado—. Dime que es lo que deseas y lo haré.

—Demasiado lo sabes; te lo tengo dicho y repetido. ¡Ya es tarde!

—Nunca lo es para una rectificación...

—Vuelve a casa. Renuncia como renuncié yo. Con el dinero que tenemos puedes dedicarte a otra cosa...

—¡Estás loca! —gritó enfurecido—. Lo que me propones nunca te lo podría dar.



—Entonces no te extañes por mi decisión. La vida a tu lado se me convierte en un infierno. ¡Deseo vivir en paz!

—¿Esperas encontrarla lejos de nosotros? — arriesgó ingenuamente.

—No digas nosotros, porque voy a quedarme con los niños...

—No harás eso, Diana. ¿Verdad que no lo harás? —suplicaba, vencido ante la entereza de la mujer—. La casa sin vosotros quedará vacía... No lo resistiré...

Diana le miraba impasible. Habíase cerrado a cualquier concesión.

¿Celos profesionales? ¿Sensación de abandono? ¿Auténtico desamor? —preguntábase el «astor». Porque él seguía amando a la mujer que, allá en sus lejanos años de estudiantina bohemia y difícil, le reveló el sentido de la vida. No; no quería divorciarse. Era hombre de hogar, pese a que las exigencias de la profesión le mantuvieran apartado de los suyos por dilatados periodos de tiempo. Necesitaba de la esposa, de los hijos... ¿A qué iba a verse reducido si prosperaba tan absurda petición?

Sin embargo, alentada por el rencor o el despecho, Diana llevó el asunto adelante hasta conseguir, en 1951, que los Jueces fallaran a su favor, concediéndole según sus previsiones la custodia de los hijos.

\* \* \*

Por las calles de Hollywood paseaba un hombre de treinta y tantos años; alguna que otra cana en el pelo castaño claro; metro ochenta de estatura; ojos verdes, agudos y un tanto irónicos, a veces cálidamente aproximativos, otras, creando profundas simas de distancia; apasionado siempre; melancólico desde hacia un corto tiempo... Conociósele bien en todas partes. Era Kirk... Kirk Douglas, aunque muy distinto del que estaban acostumbrados a ver. La crisis matrimonial le había afectado tanto que incluso dejase traslucir en los dos o tres films subsiguientes. No acertaba a convencerse de su tremenda verdad. Una verdad muy amarga que le dejó sin familia, que es lo mismo que decir sin hogar. Aquella soledad, contra la cual tan inútilmente había luchado, le era impuesta cuando las pantallas del mundo entero le daban la popularidad. ¡Ironías del destino!

Entonces, más necesitado que nunca de consuelo, se refugió en toda suerte de aventuras; refugióse, también, en el alcohol. Kirk cabalgaba en un deslumbrante tío vivo que empujaban los más diversos temperamentos y tipos de mujer.

Laboró intensamente, con frenética sed de conquista. Cada película le significó un concienzudo estudio del personaje. Para encarnar el periodista de «El Gran Carnaval» entró a formar parte de la redacción del «Herald Express», llegando a publicar algún reporte firmado con su nombre.

—No me importaría ser periodista —comentaba con los circunstanciales compañeros— Me agrada esta profesión y hasta creo que «le va» a mi temperamento.



—¿Por qué no te quedas?

—Porque cuando veáis la película estoy seguro de que me repudiareis. De todas formas, no será mía la culpa, sino del guionista y del director —afirmó, guiñando un ojo con picardía.

También para «Brigada 21» se sometió a un severo aprendizaje. Dándose cuenta de que no podía surgir de la improvisación el inflexible y tesonero detective cuyo realismo todavía recordamos por lo impresionante, pasó a ser un agente más. Y le ocurrió que cierto día, mientras tomaba las huellas dactilares a un detenido, éste, por lo visto buen aficionado al cine, le dijo:

—Tiene usted un parecido enorme con el actor Kirk Douglas.

—¿De veras?

—Sí, sí, enorme —reafirmó.

Como Kirk riera divertido, el delincuente arriesgó a preguntar:

—¿No le agradaría serlo?

—Desde luego, porque seguramente tendría mejor sueldo.

Simpático, dicharachero, reidor y sencillo, cuando la vida le sonríe, nadie como Kirk para contar un chiste o relatar una anécdota. Para mofarse de sí mismo.

Aunque después de la crisis familiar, le fuera necesaria para olvidar la ayuda del alcohol y de muchos romances amorosos.

—No. Yo no quería divorciarme —iba diciendo a cuantos le afeaban sus locuras—. ¿Las mujeres? ¡Psé! Los problemas que ellas crean se resuelven con un par de bofetadas administradas oportuna-

mente. Yo no soy ni más ni menos que cualquier hombre normal, puesto que además de actor, tengo un poco de todo, incluso de «músico, poeta y loco».

Aparentemente cínico por los despectivos conceptos en contra de «la mujer», hay que convenir que sus palabras destilaban amargura. La amargura de quien lleva un recuerdo fuertemente agarrado al corazón.

Kirk seguía amando a Diana, pese a sentirse atraído por Evelyn Keyes, recién divorciada del director Huston. Pese a saborear el amor, un tanto maternal, de la multimillonaria Wrightsman. Pese al dulce romance mantenido con Ana María Pier Angeli. Pese a la frecuencia con que visitaba a la publicista francesa, Anne Buydens. Pese a su vida mundana, salpicada de estridencias.

Hollywood... París... Roma; Roma... Paris... Hollywood... Constantes desplazamientos, a medida que «el papel Douglas» iba subiendo en las cotizaciones cinematográficas, hasta lograr convertirse en el actor mejor pagado del mundo.

Cual si la vida quisiera compensarle en dinero cuanto le negaba en auténticas efusiones cordiales, tras un desfile de luminarias, Gary Cooper, Gregory Peck, Laurence Oliver, se le llama para interpretar «La Odisea», con unos emolumentos jamás alcanzados.

—Quiero que en vez de «La Odisea» se titule «Ulises», para que sobresalga mi calidad de protagonista —impone sin vacilar, porque, después de tantos vaivenes se le ha endurecido la voluntad tanto como los músculos.

—«Ulises»... «Ulises»... El título definitivo po-



dría quedar en «Las aventuras de Ulises». ¿Le parece bien?

—Conforme. Ahora tratemos del sueldo.

Aquí, una catarata de millones saltando de boca en boca, ante el asombro de quienes estaban llamados a decidir.

—Ciento treinta millones de libras por las diez semanas de rodaje —exige inexorablemente.

—¿Ciento treinta millones? ¿Adónde iremos a parar de seguir por este camino? —claman los magnates del celuloide, porque saben que también las otras primeras figuras querrán que se les incremente la cantidad asignada. Pero, en vista de que no cede ni en un céntimo, la cifra queda aceptada. Se estampan firmas y Kirk es proclamado ganador del «campeonato de los sueldos» como antaño lo fue de las peleas en el ring.

Silvano Mangano recibió cien millones. Rosana Podestá, Anthony Quinn y J. Dumesnil, cantidades que oscilan entre los quince y los treinta y cinco.

Entonces, Kirk se deja crecer la barba. Vive como un auténtico personaje homérico y dedica sus mejores sonrisas a Penélope (Silvano Mangano), a Náuica (Rosana Podestá) sin desatender a Ana María Pier Angeli, su más tierno y sincero amor de entre los que halló en el difícil y tortuoso camino de divorciado que no consigue borrar el recuerdo de la ex esposa.

Las noches bajo el cielo romano, esplendoroso y transparente, inspiran a soñar. Kirk y Ana María sueñan...

—Me apena saberte tan sentimental, porque

siento gran afecto por ti. No soy el hombre que tú mereces. ¡No te haría feliz!

—Soy sentimental y romántica.

—¿Qué opinas del amor?

—Que decir amor es lo mismo que decir dolor; siempre van unidos —contesta, como un eco de sí misma.

—¡Gran verdad!

Ambos quisieran resolver los imponderables que les separan. Edad, familia, formación... «Mejor es dejar las cosas como están», parece reflexionar Kirk. Y, sin forzar el delicioso momento, ambos quedan mirando las estrellas.

—¿No te atraen? —le interroga la adolescente.

—Sí —afirma, sin saber claramente por qué.

—A mí también, mucho —exclama ella, en un estremecimiento que no les pasa inadvertido.

—Sufrirás, pequeña. Lo sé. Deberías cambiar tu modo de pensar.

—Si dependiera de una misma... pero...

\* \* \*

Superadas las etapas de acomodación, con un historial filmico de la calidad de «Murallas humanas», «Carta a tres esposas», «El gran carnaval», «Brigada 21», «Cautivos del mal» y más tarde las explosivas «Aventuras de Ulises», Kirk pasa a convertirse en el hombre del día.

Quienes le vieron en Cannes durante el Festival Internacional de 1953, afirman que «se hizo el amor». Sus borracheras fueron famosas; sus alardes de despreocupación dignos de más noble empeño. Recorría las calles escoltado de devota multitud.

—Estoy aprendiendo el «argot» —excusábase



ante los amigos. Me gusta hablar con todo el mundo. Acabo de aprender una palabra estupenda.

—¿Cuál?

—«Paf»... que significa «llevar unas copas de más»...

Y se escurría para entregarse a nuevas libaciones, piropear a una muchacha o firmar autógrafos.

—No puedes continuar así —reprendíanle los íntimos, apenas volvían a tropezárselo.

—¿Qué queréis? ¡Dejadme hacer mi voluntad!

—¿Cuándo te casas? Se ha hablado de tu boda con...

—Sí —atajaba presto, riendo con picardía—. Se ha hablado de mi boda con todas las mujeres libres que salen conmigo. No importa la edad, el temperamento o el color de los ojos, pero no hagáis el menor caso. Pienso continuar divirtiéndome sin complicarme la vida. ¡Resultado delicioso!

Un remolino de brazos se lo llevaba exigiendo más y más autógrafos, mientras Kirk, condescendiente y decididor, aceptaba tan desigual combate, encaramándose a un farol y soportando estoicamente el alud durante horas y horas.

Cuando una crisis sentimental logra soportar el primer embate, puede ya afirmarse que será vencida. Kirk no constituyó la excepción. Iba y venía a París porque la amistad de la publicista francesa Anne Muydens serenábale el espíritu.

«Eres encantadora. Tu compañía se me está haciendo indispensable. ¿Por qué no hemos de casarnos, puesto que también tú eres libre», le escribía desde Hollywood, apenas conocido el divorcio de

Anne. Ella lo pensó. Unos meses después, la encantadora francesita presentóse en la Meca del Cine. Kirk acudió a recibirla. Iba radiante de satisfacción. Cargado con una brazada de flores. Días más tarde dio un «cocktail» en honor de su amiga. La presentó a los íntimos; a los compañeros; a los productores. Nadie, sin embargo, sospechó que asistían a los preludios de una boda.

Pero un sábado, día 29 de mayo de 1954, Anne y Kirk, acompañados de los que iban a actuar de testigos, emprendieron viaje hacia Las Vegas, como si sólo se tratase de pasar alegremente un fin de semana.

Cuando regresaron dieron la noticia bomba, sorprendiendo con ella al «todo Hollywood». Estaban casados.

No hubo viaje de boda porque Kirk hallábase rodando, pero sí hubo entronización de un nuevo hogar, tan añorado por «el astro» desde que Diana se lo arrebatara.

Actualmente, con el aplomo que proporciona la felicidad y con la promesa de nueva descendencia, crecen las aspiraciones de Kirk. De ahí que le parezca poco su papel de «ídolo». ¡Aspira a más!

Rico, feliz y experimentado en el negocio filmico, acaba de fundar «su» productora, que gira bajo el nombre de «Bryna Productions», y tiene el proyecto de rodar entre otras cintas: «The Indian Fighters», «Viking Raiders» y «Van Gogh».

Quien fue proclamado «héroe de los Festivales Internacionales en 1953» ha renunciado a concurrir a los de 1955, por no abandonar a la mujer cuya maternidad parece inminente. ¡Milagros del amor!



## Así es KIRK DOUGLAS

Hacia bastante rato que Kirk estaba soportando a uno de esos pedante charlatanes que se encuentran tan a menudo en las reuniones sociales. El hombre tenía acorralado a Kirk en un rincón de la sala y le hablaba incansablemente de medicina y enfermedades.

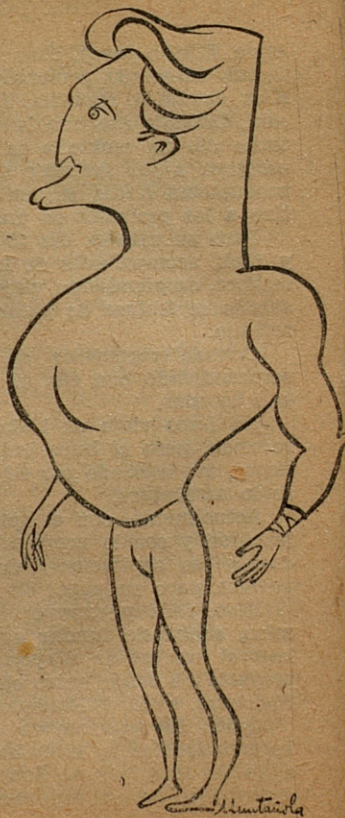
—Me dijo un médico —explicó— que la enfermedad ataca siempre la parte más débil.

—Yo también lo creo así —apoyó Kirk, hallando la ocasión de vengarse del latoso—. Y a propósito, ¿cómo va su dolor de cabeza?

\*\*\*

El actor estaba haciendo cola ante la ventanilla de paquetes postales. Cuando le llegó el turno, dio un certero puntapié al paquete que llevaba en la mano, recogiéndolo después en el aire. Luego, dirigiéndose al asombrado funcionario, explicó:

—Quería saber si el paquete resistirá el trato que recibirá desde ahora.



AYWORTH.—Hija de un bailarín, comenzó a bailar como profesional a los catorce años de edad. Su primer marido la convirtió en la maravillosa mujer que es la actualidad. Orson Welles le dio cultura y refinamiento, y Alf Khan la hizo princesa. Finalmente, ha encontrado la felicidad al lado del cantante Dick Haymes.



JUDY GARLAND.—La historia de una gran actriz que estuvo a punto de destrozarse su carrera al no saber dominar el nerviosismo ni controlar la excitación producida por unos comienzos demasiado rápidos. Un agente de publicidad se enamoró de ella cuando ya se la consideraba una estrella perdida, consiguiendo colocarla de nuevo en el puesto que ocupó en los Estudios.



TYRONE POWER.—A pesar de haber sido educado en un buen colegio, la vida le fue tan adversa que tuvo que emplearse en un teatro como acomodador. Más tarde, ya convertido en gran actor, tuvo un idilio con Sonia Heine, que no terminó en boda porque Tyrone se sintió de pronto atraído por Anabella. Años después, entró Linda Christian en su vida. Hoy, no tiene a su lado una mujer que le comprenda.





## TITULOS EN PRENSA



RAF VALLONE

Abogado, filósofo, futbolista de primera, periodista crítico teatral, y por fin actor cinematográfico. Hasta los treinta años no trabajó ante una cámara. Poco antes de venir a España para rodar «Los ojos dejan huellas» contrajo matrimonio con la bella actriz Elena Varzi. En su juventud fue un muchacho estudioso y deportivo; en la actualidad, puede considerársele como uno de los actores más cultos y completos.

INGRID BERGMAN

La actriz sueca que triunfó en los Estados Unidos y vivió en Italia un amor tan intenso que la hizo romper con todo su pasado, debiendo renunciar incluso a su hija. A pesar de la felicidad que cree haber encontrado, siempre llevará clavada en el pecho la frase de la niña: «Me gusta mi mamá, pero no la quiero».



JAMES STEWART

Hijo de un comerciante, tuvo que luchar contra la voluntad de su padre que quería a toda costa mantenerle tras el mostrador de su establecimiento. A pesar de su gran afición a la escena, no se consideraba a sí mismo como un buen actor, siendo él el primero en sorprenderse cuando se le concedió el Oscar. Se le conocen idilios con Anita Colby, Olivia de Havilland, y Rita Hayworth. Enrolado en la aviación como simple soldado, alcanzó el grado de coronel.

BETTY HUTTON

Dinámica, emprendedora, con una desbordante vitalidad. La estrella de los innumerables idilios desconcierta a la prensa con sus inesperados anuncios de noviazgo, que luego se rompen con la misma rapidez sin que nadie pueda explicarse la causa. Su fracaso en la televisión estuvo a punto de hacerle abandonar su carrera artística.

